

:: TEXTO DE CREADOR

Impresiones sobre lo político en el teatro

Pablo Quiroga

pablitoquiroga@gmail.com

Teatro político es una categoría que me suena de otro tiempo. Hay algo de esa categoría histórica que no encuentro hoy en día como predominante en la cartelera de Buenos Aires. Me refiero a que los grandes exponentes de lo que fue el teatro político (Bertolt Brecht y Erwin Piscator) creían firmemente en el poder transformador que podía tener el teatro en una sociedad. En Argentina, un caso emblemático de teatro político podría ser la experiencia de Teatro Abierto, que a principio de los años ochenta se transformó en un movimiento teatral opositor a la última dictadura militar, en el cual participaron numerosos autores, actores y directores que resultaron luego canónicos de la dramaturgia argentina (Roberto Cossa, Griselda Gambaro, Carlos Somigliana, Eduardo Pavlovsky, entre otros). Hay que destacar, sin embargo, que la mayoría de las producciones de Teatro Abierto entendían lo político casi exclusivamente desde lo temático, en el marco de una estética realista. Es decir, poco tenían que ver, en términos estéticos, con el teatro brechtiano pese a que ambos creían en el teatro como una posible herramienta de transformación social.

Esta premisa, según mi opinión, queda por fuera de la mayoría de las obras del circuito teatral alternativo (también llamado "Off") del cual formo parte y, por lo tanto, desde el cual hablo. Parecería que ya todos los que hacemos teatro "burgués" (entendido como un teatro destinado a las capas medias urbanas que consumen bienes culturales) hemos comprendido que el teatro no es una herramienta directa para el cambio o la transformación social en los términos en los que se lo pensaba décadas atrás. De alguna manera, creo que esa vieja utopía solo pudo sobrevivir en algunas experiencias que están más vinculadas a lo social, como puede ser el teatro en cárceles, teatro comunitario, teatro foro. En todos estos casos lo que prima es siempre la expectativa de un cambio o transformación, por mínima que sea, de quienes participan de la experiencia.

¿De qué manera está hoy presente lo político en el teatro, si es que lo está?

En los últimos años, en Argentina existe un contexto social en el cual resurgió el interés por la política y la creencia en los frutos de la participación ciudadana en los asuntos políticos. Bajo estas circunstancias el teatro también comenzó a percibirse a sí mismo como un fenómeno político. Actualmente, en el teatro, existe cierto consenso en cuanto a que lo político está dado por la reformulación de la relación con el espectador, que suele articularse bajo una serie de procedimientos como, por ejemplo, la utilización o intervención de espacios, la búsqueda de



Algo que no era. Dramaturgia y dirección: Pablo Quiroga. 2013. Fotografía: Pigu Gómez.

una percepción fragmentada que rompa con la unidad y la linealidad, los modos de producción, entre otros mecanismos escénicos. Hay que destacar que esta reformulación del vínculo con el espectador en Argentina comenzó a partir de los noventa e implicó, en gran parte, una reivindicación del teatro como entretenimiento o expresión poética, poniendo distancia deliberada con la idea de “compromiso político” y reflexión sobre la realidad que cohesionaba al teatro de la década anterior. Me estoy refiriendo al teatro que surge, entre otros, a partir de la emergencia del Grupo Caraja-ji, cuyos referentes más destacados son Javier Daulte, Rafael Spregelburg, Alejandro Tantanian, entre otros. Obras como *Bésame mucho* (2002) o *¿Estás ahí?* (2004) de Javier Daulte, *La escala humana* (2000) de Tantanian, Spregelburg y Daulte, y *La estupidez* (2003) de Spregelburg delimitan de alguna manera este cambio que repiensa lo político en el teatro en el contexto de Buenos Aires.

En el caso de *Algo que no era*, obra de mi autoría y dirección, estrenada en marzo del 2011 con las actuaciones de María Zambelli, Juan Pablo Galimberti, Diego López, Leonardo Odierna y Sol Rodríguez Seoane, lo político subyace como resultado de los vínculos entre los personajes. Podríamos decir que es una obra de estructura bastante clásica que parte de un hecho fantástico y, desplazando la acción a un tiempo y un espacio paralelo, invita a una reflexión política sobre los vínculos humanos y cómo estos se trastocan mediante el poder.

La historia es simple: tres jóvenes amigos, Pato, Romi y Sivinski, están de vacaciones en un departamento en la ciudad balnearia de Villa Gesell, en la costa atlántica Argentina. El clima festivo y de descanso se ve alterado cuando Sivinski asegura ver dentro de la heladera, como en una película, la historia completa de sus antepasados rusos invitándolo a participar de la revolución de 1917. La incredulidad y la preocupación invade a sus amigos y compañeros de viaje,



Algo que no era. Dramaturgia y dirección: Pablo Quiroga. 2013. Fotografía: Pigu Gómez.

quienes se ven obligados a tomar posición cuando comprenden que lo que creían producto de un brote psicótico o de una ingesta de drogas es, certeramente, una situación extraordinaria de la que se han erigido como protagonistas.

En esa pequeña casa donde conviven esos jóvenes con posibilidad de participar de la Revolución rusa mediante la heladera, se instala un micromundo, donde cada uno cumple un rol social, una postura con respecto a participar o no de esa puerta que se les abre y los invita a otra vida. Las relaciones de poder, las discrepancias, hasta dónde está dispuesto a llegar cada uno, son los asuntos sobre los cuales profundiza la obra. En mi opinión, *Algo que no era* plantea la interrogante acerca de qué es lo que pasa cuando cualquiera de nosotros tiene acceso al poder o cree volverse poderoso. Si se quiere, en esto podría radicar el aspecto político de la obra, es decir, de alguna manera estaría vinculado a lo temático, pero ya no entendido en términos de compromiso partidario o ideológico como podía pensarse desde la generación de Teatro Abierto.

Por otra parte, existe otro lugar en el que creo que lo político está inevitablemente presente en el teatro que practico y no tiene que ver estrictamente con la obra como producto terminado sino con el proceso de creación, el que siempre, quierase o no, forma parte de lo que después será el espectáculo. Durante la etapa de ensayos uno debe trabajar con un grupo de personas en pos de un objetivo común. Hacer una obra es encontrarse con otras personas, negociar deseos y planteos según ese fin. Considero a la dirección como un ejercicio político en sí porque conlleva la necesidad de organizarse desde diferentes roles, de administrar los recursos y planificar pensando en un bien común. Tomar decisiones en base al consenso y la cohesión grupal, ser firme y laxo a la vez. Un elenco se transforma así en una microsociedad y una obra de teatro es una microproblemática, algo a resolver desde la creación.

En el caso de *Algo que no era* y de las otras obras que he realizado como director (*Anibalismo*, 2007; *Farsas*, 2009; y *De tanto dolor no siento nada*, 2010) el proceso de trabajo fue siempre con un lineamiento y una propuesta clara, pero muy abierto a la escucha de los intérpretes y el equipo artístico-técnico. Creer en la grupalidad, más allá de una división de roles necesaria, es también una postura política, y esa postura política se asume grupalmente.

En definitiva, creo que puedo concluir que toda obra o trabajo teatral es político. Su modo de concepción, sus decisiones estéticas, lo que dice, lo que no dice. Sin embargo es la categorización "Teatro político" la que se me presenta antigua, porque ya comprendida la presencia inevitable de la subjetividad me parece una torpeza la redundancia y una vía de escape a la discusión estética. El denominado "Teatro político" de otros tiempos tiene algo que enseñarle al espectador. Discuto esa idea. Creo que como creadores, tenemos para el espectador una propuesta de experiencia compartida que claramente deriva en un hecho político pero solo como consecuencia siempre de un hecho estético.